

DE PEDIATRAS Y ALGO MÁS...

Se sabe que los niños deben visitar periódicamente al pediatra, ya que los controles en la evolución de su crecimiento, le permiten detectar muchos problemas de salud.

Y como no podía ser de otra manera, mi bebé fue y sigue siendo chequeado como corresponde. Pero así y todo, una nunca logra estar ciento por ciento tranquila con sus hijos.

Con los años, es natural habituarse a sus *nanas*, pero en un principio, un simple problemita se convierte automáticamente en un *problemon*.

A continuación, relataré algunos malos momentos que, hoy resultan anecdóticos pero, cuando acontecieron, nos causaron varios dolores de cabeza. Notarán que de aquí en adelante, en algunas citas, hablaré en plural. Está claro que las desventuras vividas estuvieron compartidas con mi marido.

Por fortuna, todas tuvieron final feliz.

*En nuestro caso, el primer tropezón que afrontamos, fue cuando «M» cumplió los 6 meses de edad. Hasta entonces, habíamos respetado rigurosamente su plan de vacunación sin dificultades. Solamente nos faltaba la última dosis de vacuna *cuádruple* y no se nos ocurrió mejor idea que aplicársela un sábado. El mismo día que estábamos invitados a una fiesta.

Con el correr de las horas, «M» se ponía cada vez más fastidioso, hasta que advertimos que volaba de fiebre. Atinamos a comunicarnos con su pediatra, quien nos tranquilizó adjudicando su estado a la vacunación y nos recetó un antitérmico para normalizarle la temperatura.

Pero para nuestra sorpresa, no sólo la fiebre no bajó, sino que el mocoso ya rozaba los 40°.

Prácticamente listos para la reunión familiar, cargamos en el auto todos nuestros bártulos y tomamos la decisión

(ilusamente), de pasar por la clínica para que lo examinaran y seguir viaje hacia nuestro destino.

Cuando llegamos a la guardia, confirmaron el diagnóstico que nuestra pediatra había considerado horas atrás, pero cambiaron la medicación porque la fiebre no cedía. Y en contra de nuestros planes, nos recomendaron que regresáramos a casa, para hacerle baños tibios y, si era necesario, colocarle pañitos de agua fría en la cabeza.

Conclusión: la temperatura bajó pero nosotros nos quedamos sin *festichola*.

*Días previos a su primer cumpleaños, «M» se pescó el primer resfrío. Por suerte, no pasó a mayores pero fue preciso nebulizarlo porque todavía no sabía sonarse la nariz. Igualmente, nos dieron el visto bueno para aplicarle la vacuna correspondiente a esa edad.

Nuestra preocupación mayor, era que ese estado le impidiera disfrutar de un día tan trascendente como el que se avecinaba.

Pero el día del gran festejo, nuestro hijo amaneció curadísimo del resfrío, aunque, a cambio, percibimos que se había brotado de pies a cabeza, producto de la reacción que la *antisarampionosa* provocó en su organismo.

*En una bonita tarde de diciembre, mientras yo tomaba unos mates, «M», se acercó a la mesa, haciéndome gestitos para que lo alzara.

Corrí la silla, me incliné y...a upa. Pero el pequeño comenzó a llorar como un loco, dejándome paralizada por no comprender lo que estaba sucediendo. Hasta que bajé la mirada y vi su pie bañado en sangre.

Sin tiempo que perder, salí corriendo al baño para lavarlo y distinguir el lugar exacto donde se había lastimado.

¿Qué ocurrió? Buena pregunta. Cuando levanté a mi hijo, su pie se enganchó con un tornillo de la silla, que concluyó arrancándole la uña chiquita de raíz. ¡Pobre amor mío!

A pesar de lo desagradable del momento, las curaciones caseras y un poco de polvo cicatrizante, resolvieron la cuestión y al poco tiempo, asomó sin inconvenientes, una nueva uña.

*Recién cumplidos los 3 años, pareció haberse puesto de acuerdo con el padre para complicarme la vida por unos cuantos días.

Mi marido, durante unas prácticas de tae-kwon-do, se había lesionado la rodilla provocándose la distensión de algunos ligamentos. Consecuentemente, lo enyesaron durante un mes.

Pero como este inconveniente no alcanzó para agotar mi paciencia, tuve que aguantar un segundo turno como enfermera, cuando mi cuñada (tía del diablito), invitó a éste a la plaza.

Luego de un rato de jugar tranquilamente, en un descuido, el cerebritito salió corriendo y se incrustó una hamaca en el ángulo externo del ojo derecho.

El resultado: tres puntos con forma de siete y casi, casi un ojo menos...

*Si bien no soy amante de los *matasanos*, recurro a ellos cuando es preciso. Pero reconozco que me impresiono con facilidad, ante cualquier práctica medianamente invasiva.

Lo que voy a relatar a continuación, tuvo lugar a raíz de un episodio de vómitos y diarrea, cuando «M» contaba con menos de 2 años.

La pediatra que lo atendía entonces, nos ordenó realizarle una serie de estudios para saber cuál era el origen de dichos síntomas.

El día que debíamos sacarle sangre, nos preparamos como si hubiéramos ido a internarlo.

Llegamos al lugar elegido, nos presentamos con la enfermera y acatamos la orden de sostener a nuestro hijo para evitar que con el movimiento, le dañaran la venita. Nos dispusimos como nos lo habían pedido, cuando la mujer me observó algo pálida y me recomendó salir del lugar.

Me quedé de pie, apoyada sobre el marco de la puerta, observando todos los movimientos previos a la extracción. Hasta que oí un:

-Señora, no se preocupe, nos arreglamos con una de las secretarias. Siéntese porque le va a bajar la presión.

Fue todo un papelón. El primero, pero no el último.

*Coincidió la época de verano con el cambio de dientes. A «M», se le movían los dos incisivos superiores. Uno estaba a punto de caerse, pero al otro le faltaba bastante todavía.

Una tarde, en la colonia de verano, tras un pelotazo en la boca, salió volando un diente. ¿Cuál creen que fue? Por supuesto, el que aún no debía caerse.

Imaginamos que en pocos días, asomaría el nuevo diente, pero nada de eso pasó. Entonces, consultamos con su odontóloga para que diera una opinión al respecto.

Le restó importancia.

No obstante, transcurrieron los meses sin ninguna novedad. Ante la incertidumbre, regresamos a consultar nuevamente, para darles fin a nuestras dudas. Y la dentista les dio fin. Demasiado rápido para mi gusto.

Sin dar vueltas, anestesió a mi bebé, tomó un bisturí y realizó una pequeña incisión en la encía, manifestándonos que a causa del golpe, se había formado un quiste que impedía el crecimiento normal del nuevo diente.

Para mi tristeza, a mi colección de dientecitos, le falta una pieza. La que salió volando y se hundió en la pileta de natación.

Para la doctora, paciente curado.

En cuanto a «M», triste debut para una boca sin caries.

*También durante un verano, «M», cayó con anginas. La primera de una gran colección que acumuló durante más de un año.

Lo acercamos a su pediatra y fue medicado con antibióticos.

Pero habían transcurrido ya 48 horas y la temperatura era cada vez más alta. Además, notábamos que en lugar de encontrarlo dormido y sin fuerzas, el chiquito saltaba sobre el sillón del living y andaba de acá para allá como si nada le ocurriera.

Volvimos al médico, le aclaramos lo sucedido y nos recomendó esperar 48 horas más antes de cambiar la medicación.

Ah. En cuanto al estado de ánimo de «M», sólo se sonrió. Claramente, lo relacionó con la temperatura. Y nos confesó que en algunos niños, *ese es un claro síntoma de delirio...*

*Para resguardar correctamente a nuestro hijo de los golpes y lesiones que ofrece el fútbol, a la indumentaria habitual de su club, le sumamos canilleras y vendas en los pies.

Ya habíamos probado anteriormente con tobilleras y rodilleras, faltando poco, para acorazarlo y evitar así, dejar alguna parte de su cuerpecito sin protección.

Esta costumbre, se hizo obligada para el torneo de los sábados. Pues aunque hablemos de juego infantil, la avidez por robar una pelota, ha logrado que más de uno se lastimara.

No sucede lo mismo los días de entrenamiento. Si la finalidad de éstos es practicar de manera tranquila las jugadas que luego aplicarán en la cancha, no hay peligro alguno de sufrir una lesión. ¿No?

Tanto cuidado fue en vano. En un simple entrenamiento, se peleó con...*su pie* y se lo esguinzó. Ni siquiera pudimos echarle la culpa a alguien.

Por suerte, se salvó del yeso, pero su descuido le costó casi un mes de reposo.

*El mocoso, cuando era más pequeño, solía jugar durante horas en la bañera.

Se llevaba un stock de autos, muñecos para el agua y todo aquello que pudiera entretenerlo mientras se bañaba.

Con el tiempo y a medida que fue tomándole confianza al baño, incorporó algunas innovaciones para que ese rato resultara lo más agradable posible.

Así, cuando ya no hubo más inventos que lo incentivarán en la higiene diaria, se le ocurrió convertir la bañera en un verdadero *tobogán acuático*.

Durante meses disfrutó de ese jueguito, hasta que un día, *¡pufff!*

Cayó mal y golpeó su cara de lleno en el riel de la mampara.

Su rostro, fue convirtiéndose con los días. Violeta abajo del ojo. Marrón al costado de la nariz. Amarillo al lado del labio...

Lógicamente, estos avatares, se alternaron con accidentes de menor magnitud. De modo que no era raro, ni lo es todavía hoy, que «M» apareciera con un ojo en compota, con un dedo doblado, un tirón en la rodilla o moretones varios.

Como verán, hubo y hay para todos los gustos...

Pero más allá de estas contingencias inevitables, nos han sucedido algunas otras que vale la pena citar. Pues a algún que otro problema de salud, hemos tenido que sumarle la negligencia de quienes, se supone, saben más que nosotros.

Ellos no deberían olvidarse como primera medida, que son médicos. Y luego, que atienden hijos ajenos, que además son seres humanos.

Al pediatra que atendió a «M» durante varios años, le tocó llevarse la peor parte. Ha tenido que curarle otitis que se repitieron durante meses, ha sobrellevado sin problemas la evolución de las pocas enfermedades eruptivas infantiles que padeció y por supuesto, las pequeñas complicaciones antes mencionadas.

Pero hubo un problema de salud, que me marcó y me permitió por primera vez, sentirme orgullosa de hartar al doctor con una artillería de preguntas, que con el tiempo le demostrarían por qué, en mi modesta opinión, todos los recaudos que se tomen si se trata de un hijo, son pocos.

*«M» comenzó a los 6 años con anginas que fueron repitiéndose infinitas veces. Éstas, eran provocadas por una bacteria, que de no ser eliminada, produce *fiebre reumática*.

Ya habíamos probado todos los tratamientos posibles con todos los antibióticos que los laboratorios ofrecían. Luego de casi un año y como último recurso para evitar extirparle las amígdalas,

el pediatra le recetó penicilina inyectable, la cual formaría parte de un tratamiento durante 6 meses, aplicando una dosis por mes.

Se me ocurrió preguntarle si la receta repleta de garabatos que acababa de entregarme, contenía también la orden para realizarle la prueba de alergia que suele hacerse previamente. Su respuesta fue un cortante *NO*.

–No es necesaria. El niño, ya viene tomando antibióticos desde hace mucho tiempo. Si fuera alérgico, ya lo habría manifestado.–
Me confié.

A pesar de la seguridad de su respuesta, me quedé sumamente intranquila. Todo el mundo a lo largo de su vida ha tomado antibióticos alguna vez. Sin embargo, las dosis inyectables son otra cosa.

Sin dar más vueltas, traté de serle franca. Y le dije que si para él era lo mismo, yo prefería la receta completa. Creo que aceptó sólo para cerrarme la boca.

Con la receta en mano, y varios números de teléfono a mi disposición, empecé a buscar el lugar donde podrían atender a mi hijo.

Aunque les parezca insólito, no pude encontrar clínicas, consultorios médicos o farmacias que se dignaran a aplicarle a «M» una mísera dosis de antibiótico.

Tuve entonces que gestionar con mi prepaga, para que pudiera yo elegir el lugar y luego me reintegraran el dinero.

La explicación para tantas vueltas fue que era una responsabilidad para cualquier enfermero aplicar penicilina. Y que se recomendaba realizar tal práctica en una clínica, donde hubiera médicos de guardia que pudieran asistir al niño en caso de urgencia.

Pequeño preámbulo para lo que vendría después...

Una vez encontrado el sitio, mi hijo fue sometido a la prueba de reacción correspondiente.

Habitado a los pinchazos, supongo que debió haber sido muy dolorosa, ya que no paró de llorar mientras el líquido recorría su cuerpo.

Y yo, ante esta eventualidad, protagonicé la única parte de esta historia que considero realmente anecdótica: trataba de consolar a mi chiquito, pero de a poco mi visión se hacía cada vez

más borrosa, al tiempo que mis piernas se aflojaban y me sentía sin fuerzas.

Intenté disimular mi estado, pero la enfermera lo notó instantáneamente. Se acercó y me preguntó si me sentía bien.

Estaba pálida, creo que a punto de desmayarme.

Toda la situación, me había impresionado demasiado. La mujer me atendió hasta que logré recuperarme y prosiguió con su tarea original.

El brazo de «M», estaba rojo y aún no habían transcurrido los diez minutos previstos de espera. Fue suficiente. No podían aplicarle la dosis completa de penicilina. Mi hijo era *alérgico*.

Entré en pánico. No podía creer lo que estaba ocurriendo. Me sentía preocupada porque no habría más alternativa para «M», que una cirugía.

Días después, le acerqué al pediatra la nota que redactó la enfermera donde aclaraba las razones por las cuales la orden médica había quedado trunca.

¿Creen que el doctor se asombró al leerla? No señor. Nada de eso. Con mucha liviandad, me explicó que intentaríamos otro tratamiento vía oral.

El mismo pediatra, fue protagonista de otro descuido, pero esta vez, de menor trascendencia.

*Meticulosa en todos los aspectos, no veo por qué tendría que haber sido diferente en cuanto a la salud de mi hijo. Tanto es así, que hasta la odontóloga que lo controla, me consulta sobre vacunas y consejos varios a mí, antes que a su médico de confianza.

Pero el caso fue que durante mucho tiempo insistí sobre la posibilidad de aplicarle a «M» las vacunas contra la bacteria que provoca nada menos que la *meningitis*.

El médico jamás estuvo de acuerdo. Su explicación era que provocaba algunas complicaciones que la convertían en innecesaria, salvo en casos puntuales.

Pasaron varios años, por lo que ya me había olvidado por completo del tema. Hasta que durante semanas, los noticieros no

hicieron más que aturdirme con una supuesta epidemia de meningitis, provocada precisamente por la bacteria para la cual existía la vacuna que tantas veces había reclamado.

Consulté telefónicamente al Hospital de Niños. Quería que me confirmaran si realmente tenía efectos colaterales tan serios como para ignorarla. Todo lo contrario. Me sugirieron aplicársela.

Ni lerda ni perezosa, me comuniqué con el pediatra para conseguir la orden médica. Estaba convencida de vacunar a mi hijo aunque él se opusiera. Una vez más, pude evidenciar cómo para los médicos, el paciente es sólo un número.

Se sorprendió por mi consulta, con un incoherente:

-¿Pero él no tiene todas las vacunas al día?

Considero que no hace falta aclararlo, pero lo voy a hacer igual. Al día siguiente, mi hijo, ya estaba vacunado.

Paradójicamente, meses después, en la escuela hubo un caso de meningitis.

Y aunque haya médicos que se llenen la boca señalando que son sólo casos aislados, no podemos darnos el gusto de mirar hacia otro lado. Pues el caso aislado, también podría ser el *nuestro*.

*Desde hace casi 2 años, «M» se atiende con un nuevo pediatra. Durante los últimos tiempos, sus controles se habían espaciado cada 6 meses, como se hace con la mayoría de los niños de esta edad. Sin embargo, la reciente adquisición nos confió que el seguimiento de la criatura seguiría siendo estricto.

Lógicamente, respetamos su decisión. De modo que comenzamos a visitarlo una vez por mes, como cuando nuestro hijo era un bebé.

La nueva elección nos llevó algunos días. Nos agradó que fuera especialista en las problemáticas de los adolescentes. Así, si con un poquito de suerte, la burocracia de la prepaga nos lo permite, contaremos en un futuro no muy lejano con una persona de confianza para orientarnos cuando lo precisemos.

En cuanto lo conocí, me di cuenta de que es él quien elige a sus pacientes y no los papás al médico de sus hijos.

Discretamente mediático, le encanta mostrar a quienes concurren a su consultorio, cuanto reportaje hacia su persona circula por los medios. Y utilizando sus conocimientos y su extensa experiencia de tantos años como profesional, siempre pretende imponernos, nuevas costumbres en beneficio de la salud del chiquitín.

Respetando a rajatabla sus conceptos, mi marido y yo comenzamos a descartar alimentos poco convenientes a cambio de otros algo más nutritivos. Obligamos a «M» a merendar sándwiches que contengan alto grado de proteínas y jugo de naranjas recién exprimido, en lugar de sabrosos alfajores con gaseosa e instrumentamos la política de asesorar a nuestro pequeño hijo, para que durante las consultas, no olvide responder las preguntas del médico mirándolo a los ojos, ni intente hacer alguna acotación fuera de lugar, ni se asome en su consultorio con remeras que contengan mensajes dudosos, y mucho menos, que se ubique en una silla, dejando de pie a alguno de los mayores presentes.

Pero pese a lo recto que resultó, hace unos meses, me retiré de su consultorio con un sabor amargo.

«M», había padecido una gripe propia de la época invernal que evolucionó normalmente. Ya que el síntoma dominante era alta temperatura, recurrimos a un médico para que nos diera un diagnóstico correcto.

Creímos provechoso, pedir médico a domicilio, porque las guardias, por esos días estaban abarrotadas de pacientes y las demoras en la atención eran muy largas.

Como ocurre siempre, los imprevistos suceden los fines de semana o a la madrugada, de modo que recién a la semana siguiente tuve la oportunidad de comentarle al pediatra lo que había pasado.

Minimizó el caso, pero igual pensé que era el momento de pedirle un teléfono particular donde pudiera comunicarme con él si así lo precisaba.

Me indicó que en esas circunstancias, lo mejor es recurrir a la guardia de una clínica, aunque la espera sea tediosa.

De acuerdo con él, igual insistí. Con un hijo chico, uno siempre tiene que estar prevenido. Nadie está exento de que algo

acontezca y en esos casos es bárbaro poder contar con una persona que conozca al paciente.

Me cambió de tema. Me invitó a una charla que dictaba los viernes en un hospital, sobre el tema «*los padres de los adolescentes*».

A pesar de lo interesante de su invitación, le avisé que en ese horario no podría ir, pues «M», volvía del colegio para almorzar con el tiempo justo y regresar para el turno de la tarde.

Ofuscado por mi excusa, me recordó que mi hijo ya estaba en edad de calentarse solo la comida y tomarse la responsabilidad de mirar un reloj para no llegar tarde a la escuela. Y en verdad tenía razón...

Incómoda por la situación, quise irme lo más rápidamente posible. Y lo hice. Pero con bronca.

Al salir, me di cuenta de que nuestro médico de confianza, me había retado como a una criatura, pero no había sido capaz de darme su número de teléfono.

Este mismo pediatra, me condena por fumar. Y no puedo reprocharle su malestar. Sería inaceptable, no reconocer que el cigarrillo me domina, que es un mal ejemplo, y que estoy dañando a mi propio hijo.

Desde hace años, «M» me tortura con el tema, tratando de lograr que deje de fumar. Y como no hay mal que por bien no venga, me pongo de ejemplo, para recordarle cada tanto la dependencia que provocan las adicciones. Porque en mi modesta opinión, el tabaquismo es una adicción.

Estoy convencida de que el hecho de verme fumando, aún cuando me suplica que no lo haga, ya es una lección. Su meta es el fútbol y él sabe que el deporte y las adicciones no son compatibles.

Hace 30 años, quizás, le hubiese afirmado que fumar es cosa de grandes.

Hoy, estoy convencida de que no es así. Porque fumar, es cosa de tontos.

En fin, seguramente, estaré olvidándome de otras tantas cuestiones que nos han pasado. Igualmente, los ejemplos citados, hablan por sí mismos y son suficientes para orientar mi relato hacia lo más importante: exponer las situaciones que vivimos diariamente; a veces con humor y otras, no tanto.

**ESTA OBRA QUEDÓ REGISTRADA EN LA DIRECCIÓN NACIONAL
DEL DERECHO DE AUTOR EL 16 DE NOVIEMBRE DE 2007
BUENOS AIRES - ARGENTINA
EXPEDIENTE N°: 618741
FORMULARIO N°: 145024**

**Creative Commons Reconocimiento-No comercial-Sin obras
derivadas 2.5 Argentina License.**